

Recintos intramuros castreños y sus accesos: reflexiones preliminares tras la excavación desarrollada en la parte septentrional del castro de Pencia (Boal, Asturias)

Small enclosures inside the hillforts and their access: a preliminary proposal after the excavation in the northern area of Pencia's Hillfort (Boal, Asturias)

FERNANDO RODRÍGUEZ DEL CUETO

Área de Prehistoria. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Oviedo.
Campus del Milán. C/ Teniente Alfonso Martínez, s/n, E-33011 Oviedo
rodriguezfernando@gmail.com

Los datos arqueológicos recuperados recientemente en la puerta del recinto norte de Pencia estimularon el estudio de arquitecturas semejantes en el noroeste peninsular, rastreo que demuestra la abundancia de una serie de patrones comunes en los accesos. Sobre esta información, desarrollamos una serie de consideraciones de conjunto acerca de estos puntos, posiblemente lugares clave que están diferenciando espacios. Todo ello sin desligarlo de las casas de asamblea castreñas que, ubicadas en el núcleo de los fortines intramuros, ejercieron un papel crucial durante el uso que estos espacios amurallados tuvieron a lo largo del tiempo para las comunidades del noroeste.

PALABRAS CLAVE

CASAS DE ASAMBLEA, ENTRADAS, NOROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

The set of data recovered at the entrance of the northern enclosure of Pencia stimulated the study of similar examples from North-western Iberia. This research reveals the existence of some common patterns in the entrances to some specific hillforts, as summarized in this paper. These gateways were probably key areas to divide the place into distinctive zones. The assembly houses, built in the core of the enclosures, were crucial too; perhaps as part of activities related to different types of celebrations held behind the ramparts.

KEY WORDS

ASSEMBLY HOUSES, ENTRANCES, NORTHWEST OF IBERIA

1. El castro de Pencia: datos generales

El castro de Pencia es un recinto ubicado en las inmediaciones del núcleo actual de Pencia (Boal), en la comarca occidental asturiana (fig. 1). La primera gran excavación del sitio se desarrolló en el año 1941 y fue dirigida por el arqueólogo A. García y Bellido.¹ A partir de ese momento se detienen los trabajos de exploración quedando el castro en una situación de cierto desamparo institucional y académico, hasta que en 2003 se reinician las campañas de excavación de manera continuada con el objetivo de restaurar las ruinas del yacimiento, desarrollando en paralelo una investigación que combinaba la intervención sobre sectores ya exhumados junto con la apertura de nuevas áreas. Todo ello formaba parte de un proyecto de carácter comarcal denominado «Plan Arqueológico de la Cuenca del Navia-Eo», dirigido desde 1995 por Á. Villa y gracias al cual se pudieron completar ocho campañas estivales de trabajo (la última de ellas en el año 2013), de las que ya se han publicado varios resúmenes generales (Rodríguez y Villa, 2009, 2013), así como otros estudios específicos (Rodríguez, 2012, 2013). Por último, las investigaciones más recientes sobre el yacimiento fueron defendidas recientemente como tesis doctoral en la Universidad de Oviedo (Rodríguez, 2015).

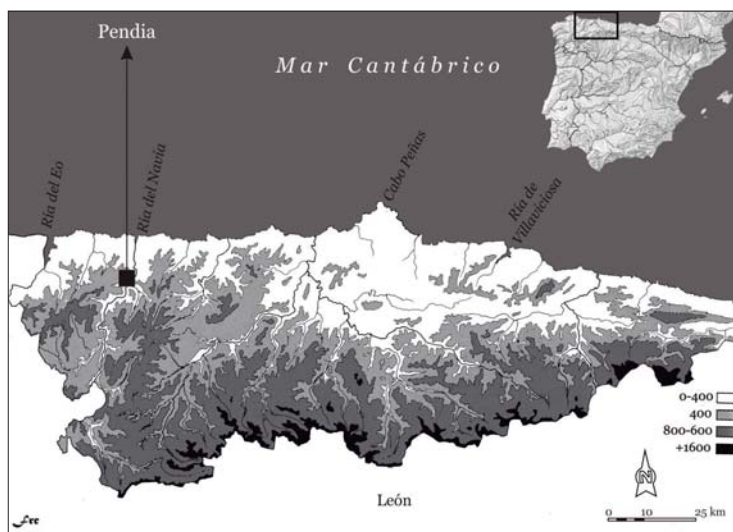


Fig. 1. Mapas con la localización del área y del yacimiento.

Toda esta labor nos ha permitido renovar el encuadre cronológico de este yacimiento que parece tener un origen bastante claro, como la gran mayoría de los poblados fortificados excavados en esta área, en la Edad del Hierro: en el siglo IV a.C. al menos,

1. Los resultados fueron publicados al año siguiente en AEA (García y Bellido, 1942).

datación posible gracias a cuatro fechas de radiocarbono que nos conducen a ese tiempo, aunque, al igual que otros muchos en la zona, el castro continuará habitado tras la conquista romana; en concreto, hasta el siglo II d.C. aproximadamente (Rodríguez y Villa, 2009, 2013).

2. La entrada al recinto Norte: resumen de los restos recuperados

El presente artículo estudia un área muy concreta del poblado: el paso que daba entrada al recinto Norte (figs. 2-4), lugar que siempre tuvo una atención constante en la bibliografía por considerarse el nexo entre los dos recintos diferenciados en Pencia (García y Bellido, 1942: 290-292; Romero, 1976: 45; Maya, 1988: 41). Esta zona, que fue excavada parcialmente por García y Bellido y resultó intervenida de nuevo en 2009, articula el paso entre un pequeño cercado sito en el extremo septentrional del espolón y el resto del espacio amurallado. A ella se accede tras sobrepasar las defensas meridionales, una primera entrada situada en el costado oriental y tras recorrer el eje principal de comunicación dentro del poblado y de este con el exterior.² Al menos, es la plataforma de mayor anchura del mismo, aunque las remodelaciones efectuadas en él durante el siglo XX para la apertura de caminos modificaron muy posiblemente la traza de ese antiguo vial.

Dos potentes bastiones macizos con forma de semi-círculo y enfrentados uno a otro protegieron el punto exacto del acceso al recinto Norte, así como parte de R-I, una vía destinada a dar servicio a la casa de asamblea, el único edificio intramuros del cercado Norte, y al resto del espacio murado que se despliega protegiéndolo. En la zona del paso, uno de los bastiones sufrió una alteración evidente de su forma original al construirle encima un edificio de traza rectangular (C-3), adenda que fue erigida sobre la estructura defensiva y que carecía de pared en la zona paralela a la calle (fig. 4). De momento, aún no es posible aportar dataciones absolutas para este lugar, puesto que todavía no hemos podido analizar un conjunto de muestras de madera que aparecieron asocia-

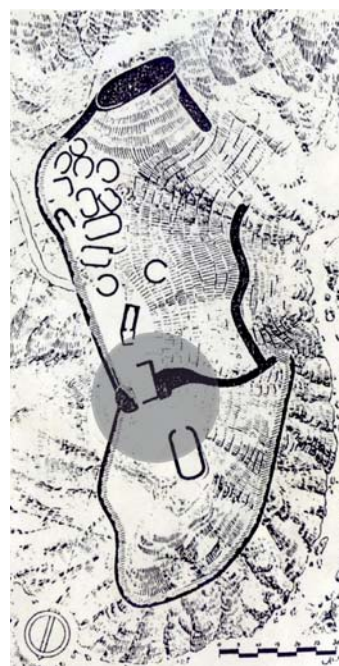


Fig. 2. Plano de A. García y Bellido (1942) con la indicación en un círculo gris de la entrada al recinto Norte.

2. Que hemos denominado «R-I» en nuestra planimetría.

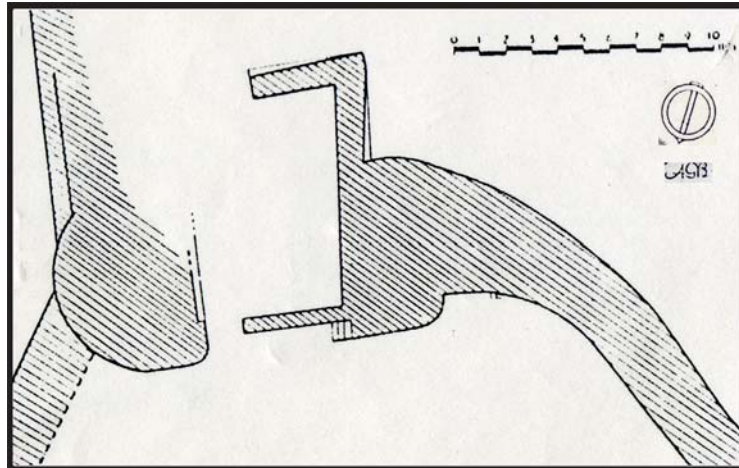


Fig. 3. Planta de la entrada, según García y Bellido (1942).

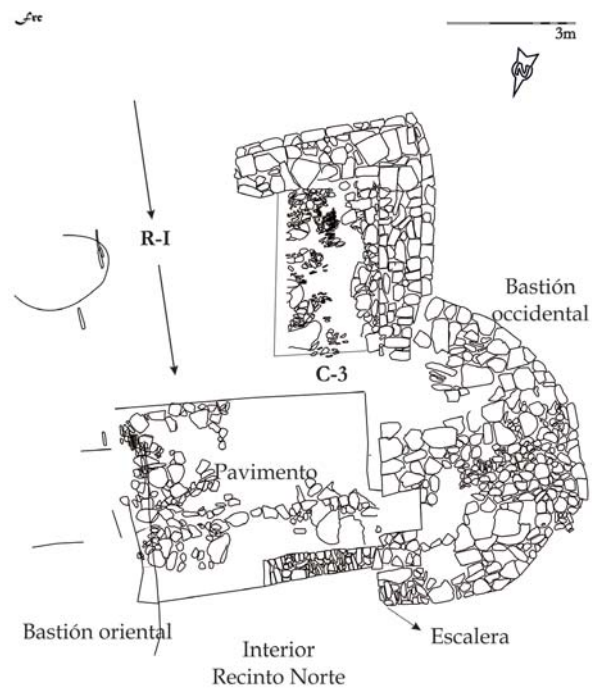


Fig. 4. Planta de la entrada con sus elementos principales, tras las excavaciones del año 2009.

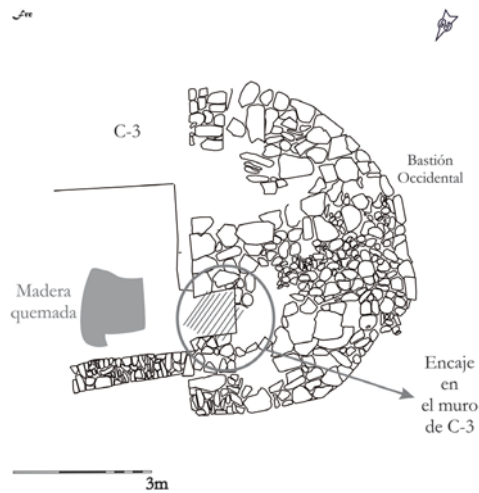


Fig. 5. Localización en planta de la madera quemada y del encaje practicado en el muro occidental de C-3.



Fig. 6. Fotografía de los maderos antes de su excavación.

das a la construcción rectangular.³ En concreto se recogieron varios módulos de madera que se desplomaron carbonizados en el interior de C-3, casualmente sobre una pequeña hornacina cuadrangular que se abre en la pared (figs. 5-6).

Las excavaciones más recientes mostraron también otros datos inéditos, como que la entrada estuvo pavimentada con grandes losas irregulares de pizarra en las proximidades del paso al recinto (figs. 7-8) o que probablemente hubo voladizos revestidos con barro, algunos de ellos enlucidos en tonos blanquecinos.⁴ Con todo, y a pesar de la falta de cronologías absolutas, el conjunto de restos arquitectónicos aparecidos en este punto concreto parece confirmar la trascendencia que este paso tuvo dentro del castro, justificando con creces la atención bibliográfica que había recibido previamente.

Los vínculos de esta entrada con el recinto Norte, así como con una de las grandes casas de asamblea del noroeste,⁵ un elemento arquitectónico de primera relevancia en esta comarca (Villa, 2011), incitan a una reflexión ulterior sobre este espacio. El objetivo

3. Que no se han podido enviar al laboratorio debido a la prohibición del alcalde de Grandas de Salime de dar acceso a los investigadores del PANE al Museo del Chao Samartín, lugar en el que se encuentran custodiados los materiales.
4. En trabajos previos se da cuenta de todas las características constructivas de este enclave: tanto de manera breve (Rodríguez, 2012, 2013), como de un modo mucho más detallado (Rodríguez, 2015).
5. El interior de C-1 fue excavado durante los años 1999-2001, bajo la dirección técnica de R. Montes y científica de Á. Villa, y deparó un suelo ya muy rebajado por las excavaciones precedentes. Recordemos que es en la parte Norte donde J. Artime excavó en 1934 (García y Bellido, 1942: 305).

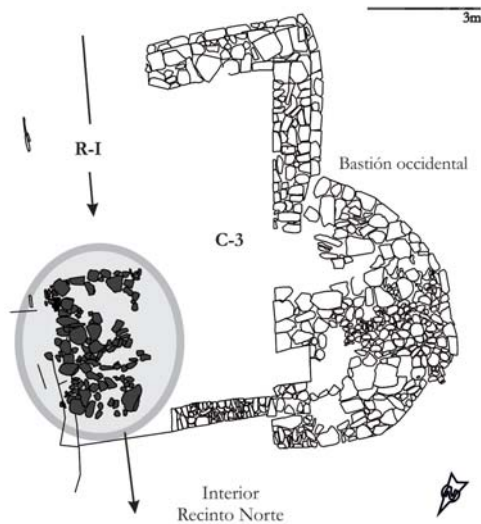


Fig. 7. Vía que conduce al recinto norte (R-I) y enlosado inmediato al acceso.



Fig. 8. Fotografía del pavimento.

último es tratar de conocer, a partir de la información arqueológica disponible,⁶ qué pudo motivar esa arquitectura y ese diseño urbano tan peculiar; para ello tratamos de reunir la información sobre aquellos sitios que tenían semejanzas con Pendia, lo que permitió ver que las entradas no debían ser abordadas de un modo individual o exclusivo.

3. Los atributos esenciales de la entrada y sus semejanzas con otros poblados fortificados

La búsqueda de estructuras semejantes en los poblados fortificados de la comarca o del noroeste deparó resultados bastante positivos, aunque es cierto que ninguno de los casos cumple con todos y cada uno de los elementos observados en la entrada boalesa; cuestión esta que, lejos de resultar una anomalía, es algo bastante común en las comparaciones arquitectónicas y mucho más en el caso de las castreñas, siempre cargadas de singularidades. Todos los ejemplos que traemos a colación han sido calificados, por sus excavadores o por otros arqueólogos que han revisado la información de las excavaciones, como sitios relevantes: posiblemente puntos clave que enmarcan los accesos a las aldeas fortificadas o

6. Que no sería adecuado volver a reproducir aquí con detalle, puesto que forma parte de otros trabajos ya publicados o en vías de publicarse, a los que remitimos al lector (*vid. supra*).

a recintos intramuros en los que se podrían desarrollar actividades no domésticas. No es el objetivo de este trabajo abordar las puertas y accesos a los poblados fortificados, ni tampoco establecer un diagrama de cómo fueron evolucionando en los diferentes momentos de la ocupación de los castros. Más bien, tratamos de rastrear ejemplos semejantes a los del castro boalés para comprender mejor su forma y sus posibles significados.

En este sentido, quizá los ejemplos más próximos a Pencia sean los castros de San Cibrán de Lás y el de As Laias. En el primer caso se trata de un *oppidum* gallego excavado inicialmente por López Cuevillas, aunque fue durante los trabajos desarrollados por Pérez Outeiriño cuando se documentaron con detalle las puertas de entrada al recinto interior y a la croa fortificada (Pérez, 1985: 217-249). Casualmente, en los accesos de Pencia y de San Cibrán se estrechaban los pasos sobre una vía longitudinal totalmente pavimentada, estrangulamiento producido por el encuentro de los dos brazos de la muralla. En ambos lugares también se habían construido, en relación con esta, estructuras de planta cuadrangular o rectangular: en el caso del acceso a la croa superior de San Cibrán, los casetones cuadrados iban pareados a ambos lados del paso, mientras que la habitación colocada en la entrada exterior fue ubicada adosada a la cara interna de la muralla, con una apariencia más irregular. El segundo ejemplo, el castro de As Laias, permitió recuperar recientemente un registro bastante más detallado en el cual están presentes muchos de los atributos localizados en Pencia: un recinto amurallado que se remonta, al menos, a la II Edad del Hierro dentro del cual fue excavado un conjunto de silos, que, a causa de un incendio, conservaron en buen estado tanto sus revestimientos percederos como los cereales custodiados en su interior. A la zona superior se accedía mediante «una única puerta de grandes dimensiones, formada por dos hojas y a la que se accedía por un camino empedrado [...]. La entrada estaba flanqueada por dos ensanchamientos de la muralla a modo de bastiones, macizos ambos, alargados en sentido transversal a la línea de muralla. Estos bastiones formaban un pequeño pasillo de entrada, una vez que se traspasaba la puerta. En el interior del pasillo, en los laterales y encajados dentro de la estructura de los bastiones, se documentaron las bases de cuatro grandes pilares tallados en granito que conservaban un entalle superior para colocar unas vigas de madera que sujetaban una cubierta» (Álvarez y López, 2000: 527).

Algo similar sucedió en Castrolandín (Cuntis, Pontevedra), donde dos bastiones cerraban el paso al castro, al que se llega tras superar una escalinata encajada en la piedra y que también se encontraba pavimentado en algunos tramos, con unos goznes que indican la presencia de una puerta de doble hoja. Los escasos materiales recuperados parecen indicar que no se trata de un espacio cotidiano, tal y como denuncia el fragmento de puñal de antenas recogido en este lugar, cuyos investigadores han puesto en relación con los elementos que estarían presentes, de manera continua o esporádica, en estos pasos de entrada (Ayán, 2012: 705). Una estructura muy semejante a la del castro pontevedrés se dispuso en el lucense de Viladonga, donde dos de las entradas a la croa demostraron la presencia de baluartes defensivos junto con vías pavimentadas (Arias, 2000: 193-195; Arias y Ramil, 2003: 35-38); aunque en el caso de una de ellas, la que se corresponde con la zona del antecastro Oeste de Viladonga, la cronología aportada para la puerta remite a tiempos romanos avanzados (Arias, 2000: 197).

El castro de Borneiro suma también dos espacios fortificados, encajes de madera pareados sobre la puerta de entrada exterior y un bastión en el interior, una habitación considerada recientemente como sauna (López, 2009: 70; Villa, 2011: 15), así como una vía pavimentada que comunica los dos amurallamientos (González, 1933: 328-333). Otros castros gallegos como Mallou (Lamas, 2010: 27-29) o Baroña (González, 1933: 341-343) también tienen ingresos muy semejantes en los que están presentes algunos de los rasgos apreciados en Pendia. Por ejemplo, en Baroña se repite el engrosamiento de la muralla en la zona de la entrada (González, 1933: 339-343), al igual que parece ocurrir en el castro de Elviña, donde también se localizaron tramos pavimentados en las vías de acceso (Bello y González, 2008); mientras, en Mallou, se construyeron dos estancias rectangulares próximas a los pasos fortificados del poblado.

Buena parte de los ejemplos mencionados han sido vistos recientemente como testimonio del especial cuidado puesto en los puntos de acceso o de comunicación intramuros entre distintos recintos en los castros y *oppida* del noroeste (Ayán, 2012: 708). Según este autor, la creación de estos elementos complejos se habría producido en primera instancia en los grandes recintos fortificados u *oppida* entre los siglos IV-II a.C., haciendo luego su aparición en poblados menores a partir del siglo II a.C. (Ayán, 2012: 707). De cualquier manera, parece complicado poder establecer un momento único de inicio y otro de fin de este proceso, debido a que es posible que hubiera una larga pervivencia de esta tradición, tan longeva y variable como las mismas ocupaciones de los lugares en los que fueron construidos los accesos, al menos en lo que concierne al concepto limítrofe que tienen estos puntos.

Si nos trasladamos al territorio asturiano, los testimonios recogidos en Pendia no tienen en nuestra región una réplica tan detallada, de modo que siguen siendo bastante más ilustrativos los ejemplos gallegos. Además, aunque en muchos poblados del occidente asturiano sea habitual el uso general de pavimentaciones para calles y lugares cotidianos, esto no es frecuente en Pendia, por lo que el enlosado hallado justo antes de franquear el paso al recinto Norte adquiere aquí unas connotaciones que, en otro lugar, quizá no tendría. La consideración de ejemplos semejantes del noroeste tampoco trata desde luego de hacer una identificación de los roles y de la extensión de cada uno de los lugares con nuestro caso particular, puesto que todos los yacimientos son muy diferentes, productos únicos de su contexto y de sus circunstancias como bien remarca F. Arias (2011: 103). Únicamente busca subrayar los elementos comunes presentes, sin obviar que todos ellos siempre tienen rasgos específicos que posiblemente se deriven de la función, de la importancia o de las creencias de cada una de las comunidades de habitantes.

Por último, el uso de calificativos como monumentalidad, o conceptos afines, para la entrada al recinto Norte de Pendia se debe entender siempre en el contexto castreño comarcal y comparándolo con el resto de edificios aparecidos en el poblado. Así, tales términos tratan de manifestar el titánico esfuerzo que hubo de suponer para una comunidad pequeña erigir estas construcciones y eso es lo que parece darles relevancia en este ambiente arquitectónico tan particular.

Sea como fuere, la entrada de Pendia quedó integrada en la trama urbana posterior y es parte significativa de la misma, lo cual la diferencia, por un lado, del viejo paso al

recinto del Bronce Final del Chao de Samartín (Villa, 2003: 117), segregada de los poblados posteriores al trasladar el acceso durante la Edad del Hierro a un punto más oriental. Por otro lado, también guarda el ejemplo boalés cierta distancia con el de la acrópolis de Coaña, de mayor complejidad y todavía más recargada de elementos constructivos⁷ (Villa, 2013: 147). Eso no elude que accesos como este último posiblemente traten de remarcar arquitectónicamente el tránsito hacia la acrópolis y de impresionar al viandante. El empleo, de nuevo, de pavimentaciones en estos puntos conectaría estos tres ejemplos de la Asturias occidental, puesto que parece que mantienen una intención similar, a pesar de que las proporciones y atributos de estas no sean iguales en ninguno de los casos.

De la misma manera, la repetición de muchos de estos patrones en asentamientos mediterráneos que estuvieron habitados en tiempos muy próximos no deja de resultar curiosa, aunque se trate de un ámbito con el que hay que ser prudentes a la hora de establecer comparaciones, puesto que tanto sus dinámicas históricas como las técnicas poliorcéticas o la arquitectura defensiva son muy diferentes. Sin embargo, en los recintos fortificados de mediados del primer milenio mediterráneos también se advierte la existencia de cuerpos de acceso con bancos corridos en algunas puertas de entrada; una fórmula arquitectónica muy extendida por la importancia de la puerta en cualquier lugar amurallado, pero que en ejemplos concretos, como el de la Bastida de les Alcusses, se ve complementado con elementos perecederos como grandes piezas de madera, adobes y entramados de barro con improntas que se han relacionado, inequívocamente, con la presencia de estructuras aéreas por encima del paso de entrada (Bonet, 2006: 28-29).⁸ Este paralelismo demuestra, en nuestra opinión, que esa prevalencia de la puerta en las plazas fortificadas es un concepto muy extendido y por eso se puede rastrear en distintos espacios y tiempos, afectando un buen número de sitios sin que, por lo general, debamos hablar de influjos directos en ninguna de las direcciones.

También queremos traer a colación algunos ejemplos atlánticos, en concreto el de las *guard chambers* británicas: estructuras muy frecuentes en los pasos de entrada a los *hillforts* del sur de Inglaterra y de Gales, aunque, en este caso, tampoco se trata de fijar paralelos respecto a la forma arquitectónica o a la función de unos y otros, puesto que tanto la posición en el poblado como otros atributos son diferentes, de modo que no vamos a detenernos en equiparaciones formales. Es más, los casos ingleses y galeses conforman un bloque particular y cualquier ejercicio comparativo debería tener en cuenta su singu-

7. Recordemos que, tal y como fue descubierto recientemente, la entrada a la acrópolis se remodeló durante la Edad del Hierro diseccionando un espacio urbano previo (Menéndez y Villa, 2013: 200-201). Junto a pavimentos y muros de contención, se encuentran construcciones singulares como la cabaña 81, de planta rectangular también, junto a otros elementos vinculados posiblemente con la zona alta, como el *recinto sacro* donde están las saunas y otras piezas (Villa, 2007: 45).

8. «Los mismos muros de estas estructuras constituirían un edificio en sí mismo, como evidencia el potente derrumbe de la puerta sur compuesto por adobes y fragmentos de barro con formas redondeadas o semicirculares (evidentes señales de formar un entramado vegetal). También en la puerta norte la presencia de vigas quemadas indican, sin duda, la existencia de un entramado para soportar una superestructura superior. Con más motivo, la duplicidad de los bancos de la puerta principal podría explicarse por la necesidad de construir dos contrafuertes que sustentarían una viga para levantar una construcción superior que, sin duda, debió ser robusta y grande» (Bonet, 2006: 28-29).

laridad, su propio contexto en las islas, así como la diversidad que dentro de ese conjunto se aprecia en algunos de sus rasgos. Más bien trataremos este ejemplo como referencia historiográfica de hacia dónde pueden evolucionar las interpretaciones, porque en el caso británico la consideración hacia estas estructuras ha pasado de verlas como un elemento más del entramado defensivo a considerar otras opciones a la hora de su lectura; todo ello ante la existencia de registros muy parcos y sin ningún patrón claro en el interior de esas construcciones, lo que determina que, muy posiblemente, tales espacios estarían limpios o habrían sido limpiados antes de su abandono (Bowden, 2006: 431), como pudo ocurrir en el caso de Pendia. Entre esas lecturas más recientes podríamos destacar la que da valor a unos elementos que, al igual que la entrada boalesa, parecen colocarse en posiciones clave, intermedias entre dos realidades, rasgo en el que desde luego sí tiene cabida la comparación entre los ejemplos del noroeste y los de las islas y que es el principal motivo para que nos detengamos con más detalle en este aspecto.

4. El terreno intramuros, un espacio bien diferenciado: protección, subsistencia y simbolismo

Durante la Edad del Hierro el área atlántica presenta, como acabamos de ver, muestras de que las entradas son un lugar de tránsito entre dos zonas bien diferenciadas: la aldea fortificada y el exterior de la misma; es más, esos puntos concretos, aunque no perdieron nunca sus valores militares y protectores, quizá no tuvieron una función defensiva únicamente. Trofeos, enterramientos humanos o animales aparecen asociados a las murallas por las connotaciones que muchos paramentos tenían, que los convertían en signos o símbolos, en ocasiones casi logros, de aquellas sociedades que los habían construido (Ralston, 2006: 76). Además, en la arquitectura defensiva ocurre con mucha frecuencia que los planos estéticos o de relevancia arquitectónica dejan en una posición secundaria los aspectos más funcionales, como que las estructuras fuesen duraderas o serviciales para quien las construía (Ralston, 2006: 128). Así, fosos o murallas que ribetean escarpes pudieron tener una consideración de obras efímeras, aunque fuese algo inconsciente, ya que normalmente desafían las normas más elementales de la física, así como el principio del mínimo esfuerzo constructivo y, todo ello, con el objetivo de manifestar una preponderancia arquitectónica que no deberíamos dejar de lado.

Por consiguiente, ese empeño colectivo está claro que busca crear separaciones, de las que hay una buena muestra en la arquitectura y el urbanismo: por poner ejemplos muy extendidos, el umbral de la casa puede separar lo privado de lo público, del mismo modo que el límite del templo puede marcar distancias entre lo religioso y lo profano, o la muralla representar los lindes entre lo humano y lo silvestre (Humphrey y Vitebsky, 1997: 130); sencillos antagonismos que operan sin duda en la mente humana y que llevan a crear una barrera, en muchos casos amurallada, o que simplemente ocasionan la ritualización

del espacio (Humphrey y Vitebsky, 1997: 132). Aunque todas estas cuestiones pueden parecer muy generales, podemos aplicarlas también a hechos muy señalados: en concreto a la relevante, dentro de los monótonos parámetros de la arquitectura castreña, configuración de la entrada al recinto Norte de Pendia. Porque tanto este como otros muchos casos demuestran el deseo por remarcar puntos concretos, combinando las intenciones defensivas con una arquitectura recargada que sobrepasa los fines poliorcéticos.

Además, se lleva tiempo proponiendo —en otros ambientes atlánticos— que los poblados fortificados pudieron ejercer de lugar central, y de esta manera se han planteado roles diferenciados para unos *hillforts* que, con ocupaciones centenarias, también pueden haber ido variando de significado con el paso del tiempo (Barret, 1989: 1; Cunliffe, 2006: 159). No todos ellos han de tener similar valor o reconocimiento en cada uno de sus períodos, aunque siempre fueron un elemento destacado dentro de sus comarcas y entornos más próximos. Algo similar ocurrió con los castros del occidente asturiano, cuya transformación como espacio clave a lo largo del tiempo ha sido muy bien diseccionada recientemente, estableciendo la importancia de los castros como «lugares de encuentro supracomunitarios que, a modo de *conciliabula*, se mantendrían operativos durante generaciones, si bien adaptados al lenguaje semiótico de cada época. *Témenos* durante la Edad del Bronce, poblado fortificado con monumento termal y casa de asamblea durante la Edad del Hierro, *caput civitatis* bajo dominio romano y necrópolis (con templo, tal vez) en tiempos altomedievales y temprana modernidad» (Villa, 2011: 35).

En cualquier caso la importancia (defensiva o simbólica) de estos lugares quizá no tenga por qué significar que se preservaran fortines, entradas o cabañas con un único fin: en muchas ocasiones, quizá los aspectos que consideramos rituales y los más cotidianos se mezclan con gran facilidad, dependiendo de momentos e instantes, algo que podría ser válido también para estos espacios. Así, aunque las grandes cabañas siempre tuvieran un valor simbólico destacado, eso no tuvo por qué tener un carácter exclusivo y no sería descabellado considerar que hubo otros usos dentro del perímetro fortificado que las protege, bien sea permanentes o temporales, funciones que podrían tener relación con las labores cotidianas de estas sociedades. Para ilustrar esta hipótesis tenemos los ejemplos de algunos *hillforts* (Cunliffe, 2006: 154), utilizados en momentos concretos de su ocupación como lugares para el aprovechamiento agropecuario, bien sea para el almacenaje de grano (Cunliffe, 1993: 67) o como encerraderos de animales (Cunliffe, 1975: 254), actividades que pudieron tener un carácter permanente u ocasional. Desde luego, cosechas o animales son un bien absolutamente esencial para la subsistencia, rasgo que puede dotarlos de una importancia o unas connotaciones muy significativas más allá de las más evidentes, puesto que del grano, por ejemplo, dependió el bienestar de muchas sociedades agropecuarias hasta épocas muy próximas en el tiempo.⁹ En la sociedad tradicional, al menos, esta importancia se llega a

9. La asturiana, una de ellas, tal y como indica el antropólogo A. García, quien en sus textos, y sin quitar importancia al papel básico que tiene el pan en la dieta campesina, también destaca la especial consideración simbólica que tendrá hasta tiempos muy recientes. Como muestra de su relevancia, tenemos los «rituales» que seguían las *amas* en la casa, encargadas exclusivas de amasarlo (2008: 165-172).

extender a otros elementos relacionados con el cereal, como los instrumentos con los que se elabora el pan;¹⁰ de modo que aspectos esenciales, que tienen que ver con la funcionalidad de una herramienta y con la supervivencia del grupo, pudieron coexistir en ocasiones con otros simbólicos con mucha facilidad, como bien nos demuestra la antropología, y no es extraño que elementos básicos para la subsistencia convivan dentro o próximos a edificios destacados. Por eso quizá no debamos comprenderlo todo de una manera única o exclusiva, puesto que posiblemente el uso de lugares relevantes pudo tener distintos niveles, según el edificio o el espacio y su trascendencia, y desde luego eso también podría gozar de una temporalidad definida dentro de los calendarios de la comunidad.

También es posible que muchos espacios del castro tuvieran lecturas polisémicas muy semejantes a la vista de los casos etnográficos, y que no sea descartable una utilización muy diferente según los períodos de ocupación del poblado o del año, puesto que los 2000 m² que ocupa el recinto Norte de Pencia son, sin duda, una cantidad muy considerable de terreno en la que sería muy extraño que, estacional o permanentemente, no hubiese otros fines secundarios que podrían cambiar en los momentos más álgidos de reuniones o celebraciones. En todo caso, tratar de explicar la forma que adquieren las entradas y el papel que hubieron de jugar dentro de las aldeas castreñas supone acudir sin remedio al corazón de estos recintos murados, en los que un edificio destaca sobremanera: las grandes «casas de asamblea».

5. Los recintos intramuros, sus accesos y la relación con las casas de asamblea

Aunque en algunas ocasiones los accesos pudieron adquirir relevancia por sí mismos, al margen del resto de elementos,¹¹ hay un vínculo indisociable entre las grandes casas, las murallas y las puertas. Obviamente, los accesos debieron gozar de importantes connotaciones, pues se traspasa una frontera destacada, pero posiblemente cruzar ese paso no fuera más relevante que las actividades que se celebrarían dentro de los recintos, ya fuesen reuniones, cultos o celebraciones de diverso contenido, pues cualquiera de ellos sería parte esencial de acontecimientos que están al margen de la vida cotidiana. La puerta formaría parte de este ritual o del ceremonial del evento, pero resulta complicado proponer, con la información de la que disponemos en la actualidad, que llegaran en algún momento a eclipsar a las casas de asamblea. Al fin y al cabo estas son el destino último y el lugar en el cual se cobijaron materiales considerados como reliquias en algunos castros (Pencia, entre ellos), aparte de permitir por sus dimensiones una mayor libertad para cualquier actividad;

10. La pala del pan, por ejemplo, llegó a tener un carácter profiláctico durante las tormentas, como demuestra que se llegara a cruzar con otro apero en la puerta de las casas tradicionales asturianas (Azcarate, 1995: 162).

11. Ocurre en el Chao Samartín, por su segregación a media ladera; en Coaña, por su longitud, o en Pencia, gracias a su arquitectura. En Boal, si uno se aproximaba a la entrada, esta seguramente llegó a impedir ver con claridad lo que había justo detrás: la gran cabaña, principalmente.

así parece sugerirlo al menos la repetición del patrón constructivo en el arco atlántico, desde Irlanda, donde las grandes celebraciones se pudieron desarrollar bajo arquitecturas relevantes y de dimensiones muy considerables (Raftery, 1994: 81-83), a la zona portuguesa con ejemplos muy semejantes (Coelho, 1986: 53).¹²

Sin embargo, esas grandes casas también formarían parte de un conjunto más amplio, pues ocupan puntos centrales de recintos defendidos con cierta intensidad, de modo que para llegar a interpretar adecuadamente accesos como el de Pencia, quizás haya que comprender los elementos principales que comparten esos primeros amurallamientos:

- a) Arquitectura singular, mediante grandes edificios que ejercen de lugar central.
- b) Ocupación de puntos aislados del resto del espacio inmediato, normalmente bien defendidos y casi siempre en lugares elevados.
- c) Elementos ubicados en los puntos de entrada y en los entornos de la casa de asamblea, posiblemente cargados de un importante simbolismo.

A continuación, vamos a incidir en estos tres aspectos que se convertirán en el guión de los epígrafes postreros del presente trabajo.

5a. Las casas de asamblea. Una lectura desde la arquitectura primitiva

En primer lugar quizá debiéramos preguntarnos por qué son importantes las casas de asamblea, ya que puede haber una gran variedad de motivos para que tuvieran un papel destacado, razones que varían desde su importancia simbólica a otras lecturas más esenciales. Desde luego, acoger reuniones en las que se recibirían grandes grupos de personas —el poblado entero o agrupaciones de gente procedente del entorno o de otros poblados— convertiría sin duda estos lugares en un punto clave (Villa, 2011).

Esta interpretación se encontraría refrendada por el gran número de «casas largas o colectivas» presentes en la arquitectura primitiva,¹³ edificios que establecieron un vínculo simbólico en el que se tejían los nexos fundamentales entre «territorio y residencia, clan y creencias míticas» (Guidoni, 1980: 53). Así, las grandes cabañas castreñas bien pudieron condensar ideales similares, entre los que podría estar la parentela o el territorio, junto a otros muchos (fig. 9). Además, muchas «casas largas» nacen de la colaboración de clanes y se construyen gracias al acuerdo social, suponiendo una notable inversión de trabajo

12. Hay que admitir que resulta muy complejo aproximarse, ni mucho menos tratar de reconstruir, las actividades que se están realizando en estos lugares, tal y como ocurre en muchos otros ejemplos similares que trabajan sobre simbolismo y ritual a partir de los restos arqueológicos. La variedad de acontecimientos que se pudieron desarrollar aquí, desde fiestas, reuniones, a ritos de paso y otras muchas conmemoraciones propias de las sociedades humanas, hace todavía más complicado el acercamiento.

13. Las casas largas o colectivas son edificios de grandes dimensiones que reúnen varios grupos domésticos y que están cargados de vínculos ancestrales que los dotan de una consideración especial, aunque pueden ser también espacios de residencia de varias familias.

(Guidoni, 1980: 55); por esta razón suelen ser lugares domésticos donde se agrupan distintas familias y clanes, lo que las separaría de los ejemplos castreños que parecen estar contruidos con otros fines. De todos modos, hay ejemplos en Nueva Caledonia de edificios no domésticos, lugares públicos en los que la construcción supone también la colaboración de diversos clanes (Guidoni, 1980: 70), espacios que además albergan importantes conmemoraciones o reuniones de carácter festivo o anual (Guidoni, 1980: 78) y se convierten en símbolos permanentes de esos clanes. Parece, por tanto, que estos elementos que perviven hasta tiempos recientes condensan unos ideales muy próximos a los que podrían haber inspirado las grandes casas de asamblea castreñas.

En otro orden de cosas, si nos detenemos un instante en la forma arquitectónica de la casa alargada, podremos advertir que tiene unos precedentes muy longevos en todo el ámbito europeo, ya desde el Neolítico. Sin embargo, de las casas prehistóricas asturianas que sirven de precedente a la arquitectura doméstica castreña todavía sabemos muy poco y, aunque sus primeras manifestaciones demuestran haber sido erigidas sobre materiales perecederos (Fernández y Álvarez, 2014: 355), aún no se pueden dar detalles precisos de su forma. A la espera de nuevos datos e informaciones, conviene recordar en este apartado la transferencia de significados según la cual la arquitectura monumental o ceremonial se vea inspirada en muchas ocasiones por la doméstica, relación ya advertida por Bradley (2005: 188; 2013: 8). En Asturias, no obstante, hemos de esperar a la aparición de más ejemplos de viviendas prehistóricas para plantear la relación con casos concretos, como la gran cabaña de Pendia, un lugar muy propicio, en teoría, para esa comparación, puesto que albergó testimonios materiales de gran antigüedad en su interior; en concreto, una importante colección de hachas pulimentadas (De Blas y Maya, 1974: 205-211), que ha de ser interpretada como referencia hacia los antepasados que habitaron ese espacio.¹⁴ Pues bien, esa misma vinculación podría haberse trasladado en algunos casos concretos a la arquitectura, de tal modo que la gran cabaña estaría emulando en piedra viviendas perecederas de sociedades precedentes. Si esto hubiese sido así, se podría estar repitiendo, de otro modo, un proceso ya desarrollado por sus antecesores neolíticos, los cuales trataron de apropiarse del territorio de vida y subsistencia mediante el enterramiento de antepasados en arquitecturas relevantes; en este caso, las megalíticas (De Blas, 2008: 502 y ss.), donde confluyen las mismas hachas pulimentadas con otros elementos que sirven de ajuar (De Blas, 2008b: 550 y ss.). Es posible que buena parte de ese camino se haya repetido en la Edad del Hierro, signo evidente de que la arquitectura monumental o las reliquias son valores que aún tienen trascendencia para los grupos prehistóricos, especialmente a la hora de reivindicar la posesión de un terreno, aspecto este, el de los ancestros, que ya ha sido resaltado anteriormente en el estudio de las sociedades neolíticas (De Blas, 2008: 504).

14. Las hachas pulimentadas recuperadas en el año 1934 en el recinto Norte (García y Bellido, 1942: 305) pueden ser una buena muestra del afán por conservar elementos muy antiguos. A ello se deberían sumar otras piezas notables, como un hacha broncea (García y Bellido, 1942: 305) u otras ya contemporáneas de los castros, como los fragmentos de un caldero de hierro con remaches fundidos que Maya también vincula a este espacio (Maya, 1988: 41; Rodríguez y Villa, 2013).



Fig. 9. Casa de asamblea del castro de Pendia (C-1), construida en la parte central del recinto Norte.

No sería extraño, por tanto, que los ideales presentes unos milenios atrás, como la deuda patente con los antepasados que nos dieron la vida o la necesidad de legitimar de dónde se viene (De Blas 2008: 504), se puedan estar repitiendo en momentos de la Edad del Hierro en los que hay cierta nostalgia hacia materiales o muestras arquitectónicas arcaicas.

Las grandes casas de asamblea castreñas no tienen una arquitectura especialmente relevante o, al menos, sus principios constructivos no se separan excesivamente de otras cabañas que estuvieron en vigor durante la Edad del Hierro: construcción en piedra, armazones de madera y cubiertas vegetales. Lo que sí las diferencia es la protección defensiva que reciben en ciertos lugares, los particulares materiales que acogen en su interior y una planta singular que adquiere cierta desproporción en sus dimensiones, algo que quizá no ha de ser visto únicamente como una cuestión funcional (alojar grupos numerosos de gente) o simbólica (por el vínculo tamaño-relevancia), sino que podría deberse a una combinación de ambos aspectos.

En todo caso, ya desde el Neolítico y el Bronce Final las casas alargadas se considerarían, probablemente, un monumento por derecho propio, puesto que serían estructuras muy diferentes a lo que tienen a su alrededor (Bradley, 2013: 9). Quizás algo similar esté ocurriendo en los momentos más antiguos de los poblados, como bien demuestra la cabaña de la acrópolis del Chao Samartín (Villa y Cabo, 2003), aunque durante fases más avanzadas de la Edad del Hierro esas grandes construcciones ya se empiezan a generalizar en algunos caseríos del occidente de Asturias (Villa, 2003), bien porque se incardina esa antigua forma en el espacio doméstico, bien porque sirvieron para remarcar la importancia de casas o de grupos concretos dentro de los castros.

5b. Emplazamientos y visibilidad en el valle de los primeros amurallamientos

El hecho de que ya desde época neolítica se esté pastoreando por el entorno de Pendia es un síntoma evidente de la larga relación entre los grupos prehistóricos y el territorio. Por este motivo, en el momento exacto de la Prehistoria en el que se deciden a construir estos primeros cercados que protegen arquitecturas singulares, factores complejos como, por ejemplo, accidentes geográficos importantes, piedras destacadas cuya presencia es de difícil explicación actualmente, u otros elementos presentes (y sin significado para nosotros) o ausentes ya, pudieron tener gran calado formando parte de los mitos y leyendas de estas sociedades. Por tanto, la relevancia de esa «geografía sagrada», cuestión que ya ha sido propuesta anteriormente (Villa, 2008: 827), pudo ser parte también de las inclinaciones de los grupos humanos a la hora de elegir uno u otro punto, a lo que hemos de sumar la intención de dominar zonas concretas y de tener un cierto alcance visual en su comarca o en su valle.¹⁵ Esto facilitaría que los primeros amurallamientos (y sus elementos más notables) se convirtieran ya desde un primer momento en un hito paisajístico relevante, una vez construidos.

Quizá la importancia de estos factores resulte más sencilla de comprender si recurrimos a ejemplos prehistóricos de nuestra región, en los que rocas muy concretas ocuparon un papel importante para las comunidades prehistóricas; por ejemplo, el Peña Tú llanisco cargado de significados (De Blas, 2010) o la roca presente en la acrópolis del Chao Samartín que se proyecta en uno de los extremos de la zona alta (Villa y Cabo, 2003). De todos modos, aún resulta muy arduo poder indagar en detalle con la información disponible, en los códigos semióticos que parecen esconder los escasos elementos que han pervivido dentro de los amurallamientos; además, la misma trascendencia de estos lugares no parece tener una explicación sencilla, hasta tal punto que los datos actuales ni siquiera nos permiten determinar el peso o la intensidad de las diferentes explicaciones que se les pueden atribuir; así, actualmente resulta igual de válido pensar que el especial apego por un punto sagrado o altamente valorado por un colectivo motiva la fortificación, como que fueran las ventajas defensivas de ese espacio (o los elementos allí custodiados) los que estimularan esa sacralización mediante la arquitectura.

En Pendia aparentemente no hay ninguna roca que destaque en el espolón y que, por tanto, pudiera haber sido objeto de atención en tiempos prehistóricos; únicamente hay un afloramiento pizarroso muy extenso en el extremo norte del castro, al pie del cual se encuentra la gran cabaña que fue custodiada por una amplia fortificación. Pero desde luego nada que se pueda comparar al caso grandalés ni que tampoco pudiera haber ejercido de hito visual desde la distancia. De todos modos, la posición de los primeros cercados castreños en su espacio prehistórico, y su dominio, no debe ser comparada, lo cual no evita que podamos considerar otras

15. Todo ello tampoco resta importancia a otros motivos más esenciales, con los que no son incompatibles, como las ventajas defensivas y los recursos del entorno. En todos ellos, la importancia de la altura y del dominio visual son factores muy estimados también. El complicado reparto del territorio y la ocupación previa de otros lugares de interés también pudo formar parte del conjunto de explicaciones que se deben manejar.

propuestas acerca de por qué fue importante este punto concreto para una comunidad. Quizá por que el alcance del recinto Norte de Pendia no es relevante en largos recorridos, pero sí lo es sobre el terreno circundante a pesar de su baja cota y, desde luego, que lo pudo ser para una zona concreta del valle que incluye su entorno más inmediato. Por eso, tal vez no debamos equiparar todos los ejemplos, ni pretender que todos los sitios ejerzan el mismo rol sobre el territorio, pues posiblemente los ámbitos de influencia en unos y otros casos fueron diferentes en su momento.¹⁶ Una comunidad más reducida y agrupada en el fondo de valle, como parece la de Pendia, pudo haber manejado una escala mucho más limitada controlando únicamente este pequeño sector próximo al Navia. En todo caso, si en Pendia hubo intención de reivindicar la posesión de ese punto (y su derredor) por parte de un colectivo, tampoco parece casual que haya un edificio convertido en un contenedor de reliquias que están remitiéndonos al pasado.

De cualquier modo, la presencia de restos de actividades rituales o de piezas de gran singularidad no debería ser tampoco incompatible con otras actividades que también se habrían podido llevar a cabo en el interior de los cercados, aprovechando las capacidades de algunos de ellos. En As Laias, por ejemplo, hay edificios que pudieron servir para el almacenaje en el amurallado de su parte alta (Álvarez y López, 2000: 526), del mismo modo que los *hillforts* fueron lugares con unas altas capacidades para el almacenamiento (Cunliffe, 2006: 162). Quizá por eso, en muchas ocasiones, las actividades vinculadas a la subsistencia parecen ligadas a otras que podríamos considerar como rituales. Así ocurrió en algunos de los hoyos excavados en el suelo de Danebury, donde se almacenaba grano, pero donde también se produjeron enterramientos animales, inhumaciones de grano quemado, vasijas y otro elementos de hierro que parecen indicar la existencia de un complejo patrón de comportamiento que se justifica en la necesidad de ofrendas propiciatorias que pudiesen asegurar, por ejemplo, la fertilidad de los campos (Cunliffe, 1993: 100-101). Cuestiones que no se deberían perder de vista porque, si sumamos la presencia de un buen número de graneros aéreos a los hoyos excavados en el suelo que cumplirían un fin semejante, se puede comprobar la gran capacidad de almacenaje de Danebury, de modo que la influencia de este enclave sobre su entorno probablemente esté muy relacionada con su papel como gran silo de la comarca (Cunliffe, 1993: 98).

5c. Otros elementos de los recintos intramuros y reflexiones finales

Finalmente, hemos de remarcar que en estos fortines, junto a emplazamiento y arquitecturas relevantes, habría otros argumentos arquitectónicos o materiales que forman parte de esos conjuntos; por ejemplo, las vías de acceso pavimentadas, los bastiones defensivos y las habitaciones cuadradas o rectangulares, a las que debemos sumar las múltiples puertas de entrada en las que se acumulan reliquias, como la calota craneal aparecida en

16. Esta interpretación tampoco resulta incompatible con el posible crecimiento hacia el sur del poblado, que pudo suponer la consolidación de la comunidad en el territorio, manifestada a través de un conjunto de fortificaciones muy destacadas, que podrían estar reforzando el mensaje de posesión de esos espacios del valle.

Grandas (Villa y Cabo, 2003: 144-145) u otros materiales destacados como las esculturas de guerreros aparecidas en Galicia o, inclusive, los puñales de antenas de Castrolandín y San Cibrán (Ayán, 2012: 705-708; Pérez, 1985: 224-225).

Por tanto, al margen de las particularidades de cada sitio, parece existir de fondo una idea conjunta y común en todos estos lugares, posiblemente diferente según va avanzando el tiempo. Por esta razón las cronologías deberían ser una cuestión relevante, porque muchos de los ejemplos que estamos citando pertenecen a períodos muy distintos y algunos elementos parecen tener un valor identificable en diversos tramos temporales, como ocurre con los cercados y sus accesos, presentes ya en el Bronce Final de los castros del noroeste, pero cuyo valor se perpetúa durante toda la Edad del Hierro.¹⁷ Si queremos entender cómo se articula esa perduración de los mismos fenómenos a lo largo del tiempo, se hace necesario que haya dataciones para cada uno de los espacios y se deban estimar bien las evoluciones particulares de cada caso, antes de emprender síntesis de mayor calado. Además, la comparación sobre plano, sin hacer un cálculo de las distintas extensiones de cada ejemplo, también puede ser un factor que lleve a equívocos, pues no pueden ser equiparables las actividades desarrolladas en recintos de características dispares en tamaño y en configuración; así, el sector Norte de Pencia tiene unos 2000 m², un área por tanto muy reducida si la comparamos con la acrópolis fortificada de San Cibrán, que cuenta con 8000 m², o con la de Coaña que también supera en tamaño el ejemplo boalés.

Otro aspecto que hemos de considerar es que haya otras estructuras concentradas dentro de algunos fortines, como podría ser el caso de Pencia; una revisión de la planimetría del lugar sin duda nos lleva a esta conclusión (Marín, 2011: 233), lectura que, por otro lado, no es novedosa (Maya, 1989: 15). Sin embargo, esta afirmación se sostiene mucho mejor tras un análisis *in situ* más detenido, puesto que permite comprobar la disposición en varias terrazas del recinto Norte, tal y como ya publicamos en su momento (Rodríguez y Villa, 2009: 160). Por tanto, la presencia de la gran cabaña en la cúspide no resultaría incompatible con otros elementos en las terrazas occidentales. De cualquier modo, y sean o no espacios construidos, será la excavación la que permita concretar si hay restos, así como su cronología y funcionalidad. Es cierto que hemos sido bastante prudentes con respecto a unos muros que ya habían sido documentados hace tiempo, pero, sin otros datos arqueológicos que las estructuras que afloran actualmente, las hipótesis suelen tener un sustento endeble y, en muchos casos, poco que ver con las ricas (o escasas) realidades materiales que se esconden bajo tierra.

En resumen, el ejemplo de Pencia permite comprobar que los datos respecto al sector septentrional son muy parciales y que nuevos registros podrían mostrarnos no solo estructuras, sino también más dataciones ayudándonos a definir mucho mejor las diferentes fases constructivas sobre este esquema inicial. Es evidente que en la comarca occidental asturiana el Chao Samartín, Coaña o Pencia parecen compartir pequeños recintos intramuros, puesto que los poblados crecen y, con ellos, los entornos cercados quedan fosilizados como corazón

17. Además, en este sentido, ya se ha establecido claramente en la comarca occidental asturiana la separación entre las estructuras propias del Bronce Final de aquellas situadas en la Edad del Hierro (Villa, 2011: 35).

o núcleo primigenio que determina la expansión. La presencia de estos reductos propicia también que pueda haber dos entradas diferenciadas: Coaña, Pencia, San Cibrán de Lás y otros muchos son buen ejemplo de ello, todos muy semejantes. Desde luego, la lógica apunta a que esos lugares posiblemente sean los de mayor antigüedad dentro de los castros, pero eso no debe implicar en ningún caso que sean todos de igual período cronológico, pues las situaciones pudieron ser muy distintas. En todo caso, y aun siendo de tiempos similares, parece que todos ellos se encuentran cargados de matices y de elementos que los dotan de una personalidad propia y de unos atributos que han de ser objeto de estudio serio y detallado.

Con todo, una buena muestra de la importancia que tuvo el espacio septentrional durante los últimos momentos de ocupación del castro de Pencia es que, al igual que ocurre con la sauna prerromana o con el torreón, este no parece ser reutilizado tras la conquista romana,¹⁸ muy al contrario de lo que ocurre con las defensas de la parte sur del poblado, que se dismantelarán, serán reformadas o totalmente enterradas en esos momentos. Ese modo tan diverso de tratar elementos que pudieron estar vigentes durante centurias en el poblado establece una diferencia sustancial en las relaciones de la comunidad de habitantes con respecto a muchas de sus arquitecturas heredadas. Sin embargo, los motivos de esa disparidad quedan como línea abierta para un futuro, pues no se podrán explorar con mayor profundidad hasta que no haya más datos arqueológicos sobre el recinto intramuros de Pencia, un sitio clave, por tanto, para entender muchos aspectos de la evolución de las comunidades que allí residieron.

Bibliografía

- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F., 2000, La secuencia cultural del asentamiento de Laías: evolución espacial y funcional de un poblado, *Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular. Proto-história da Península Ibérica*. Vila Real, 523-532.
- ARIAS VILAS, F., 2000, Os últimos traballos arqueolóxicos no castro de Viladonga (Castro de Rei, Lugo): 1988-1998, *Brigantium* 12, 187-198.
- ARIAS VILAS, F., 2011, A cultura castrexa na provincia de Lugo. Aspectos diferenciais, en D. DOPICO CAINZOS y M. VILLANUEVA ACUÑA (eds.), *A prehistoria en Lugo á luz das descubertas recentes. Actas do curso*. Diputación Provincial de Lugo, Lugo.
- ARIAS VILAS, F. y RAMIL GONZÁLEZ, E., 2003, Informe preliminar dos traballos arqueolóxicos realizados no castro de Viladonga no ano 2003, *Croa* 13, 21-38.
- AYÁN VILA, X. M., 2012, *Casa, familia y comunidad en la Edad del Hierro del NW*, tesis doctoral digital.
- AZCÁRATE, X. M. G., 1995, La cultura del pan na parroquia de Bisuyu, *Cultures. Revista asturiana de cultura* 5, 153-164.

18. La entrada podría ser el único punto que habría sido reformado, pero estamos a la espera de poder datar este espacio y sondearlo con una mayor amplitud para ver si realmente es una reforma romana o se trata de remodelaciones previas.

- BARRET, J. C., 1989, Further problems in the Iron Age of southern Britain, *Scottish archaeological review* 6, 1-3.
- BELLO, J. M. y GONZÁLEZ AFUERA, B., 2008, Elviña: yacimiento arqueológico. Investigación e intervenciones arqueológicas en el castro de Elviña (A Coruña): estado de la cuestión, *Férvedes, Revista de Investigación* 5, 329-338.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE, 2008a, El alba de las construcciones monumentales neolíticas: túmulos y apropiación del espacio, en J. RODRÍGUEZ MUÑOZ (coord.), *La Prehistoria de Asturias, La Nueva España*, Oviedo.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE, 2008b, Otros indicios del rito: la cuestión de las ofrendas, en J. RODRÍGUEZ MUÑOZ (coord.), *La Prehistoria de Asturias, La Nueva España*, Oviedo, 550-555.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE, 2010, Poder ancestral y territorio neolítico: en torno a Peña Tú y los túmulos de la costa oriental asturiana, *Munibe. Suplemento* 32, 94-118.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE y MAYA GONZÁLEZ, J. L., 1974, Hachas pulimentadas en castros asturianos, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 28 (81), 199-216.
- BONET ROSADO, H., 2006, Tres modelos de arquitectura defensiva y protección del territorio. Edeta, Kelin y la Bastida de les Alcusses, en A. OLIVER FOIX (coord.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*, 13-46.
- BOWDEN, M., 2006, Guard chambers: an unquestioned assumption in British Iron Age Studies, *Proceedings of the prehistoric society* 72, 423-436.
- BRADLEY, R., 2005, *Ritual and domestic life in Prehistoric Europe*, Routledge, Londres.
- BRADLEY, R., 2013, House of Commons, Houses of Lords: Domestic Dwellings and Monumental Architecture in Prehistoric Europe, *Proceedings of the Prehistoric Society* 79, 1-17.
- COELHO FERREIRA DA SILVA, A., 1986, *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Lisboa.
- CUNLIFFE, B., 1975, *Iron Age Communities in Britain. An account of England, Scotland and Wales from the seventh century BC until the Roman conquest*, Book Club Associates, Londres.
- CUNLIFFE, B., 1993, *Book of Danebury*, B.T. Batsford Ltd./English Heritage, Londres.
- CUNLIFFE, B., 2006, Understanding hillforts: have we progressed?, en A. PAYNE, M. CORNEY y B. CUNLIFFE (ed.), *The Wessex Hillfort Project. Extensive survey of hillforts interiors in central southern England*, English Heritage.
- FERNÁNDEZ MIER, M. y GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., 2013, Más allá de la aldea: Estudio diacrónico del paisaje en el entorno de Vigaña (Belmonte de Miranda), *Excavaciones arqueológicas en Asturias* 7, 2007-2012, 353-365.
- GARCÍA y BELLIDO, A., 1942, El castro de Pendia, *Archivo Español de Arqueología* XV (49), 288-307.
- GARCÍA MARTÍNEZ, A., 2008, *Antropología de Asturias*, tomo I, KRK Ediciones, Oviedo.
- GONZÁLEZ GARCÍA PAZ, S., 1933, Noticia de las exploraciones arqueológicas de los castros de Borneiro y Baroña, *Boletín de la Universidad de Santiago*, Santiago de Compostela, 330-351.
- GUIDONI, E., 1980, *Arquitectura primitiva*, Aguilar.
- HUMPHREY, C. y VITEBSKY, P., 1997, *Arquitectura sagrada*, Culturas de la sabiduría, Duncan Baird Publishers.
- LAMAS BERTOLO, J., 2010, Campo de trabajo no castro de Mallou, Carnota (A Coruña), *Actuacions arqueolóxicas, Ano 2008*, 27-29.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L.F., 2009, Escavación arqueológica no castro de Borneiro, Cabana de Bergantiños (A Coruña), *Actuacions arqueolóxicas, Ano 2007*, 70-71.
- MARÍN SUÁREZ, C., 2011, *De nómadas a castreños: el primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental de la Cordillera Cantábrica*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

- MAYA GONZÁLEZ, J. L., 1988, *La cultura material de los castros asturianos*, Estudios de la Antigüedad 4/5, Barcelona.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L., 1989, *Los castros en Asturias*, Biblioteca Histórica Asturiana, Gijón.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y VILLA VALDÉS, A., 2013, Excavaciones arqueológicas en el recinto sacro y puerta de la acrópolis de el Castelón de Coaña, *Excavaciones arqueológicas en Asturias 7*, 197-205.
- NABOKOV, P. y EASTON, R., 1989, *Native American Architecture*, University Press, Oxford.
- PÉREZ OUTEIRIÑO, B., 1985, Informe sobre las excavaciones arqueológicas de «A cidade» de San Cibrán de Lás (San Amaro-Punxín, Ourense), Campaña de 1982, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 22, 212-259.
- RALSTON, I., 2006, *Celtic fortifications*, Tempus, Gloucestershire.
- RAFTERY, B., 1994, *Pagan celtic Ireland. The enigma of the Irish Iron Age*, Thames and Hudson, Londres.
- ROMERO MASIÁ, A. M., 1976, *El hábitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del noroeste peninsular*, Santiago de Compostela.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F., 2012, Arquitecturas de barro y madera prerromanas en el occidente de Asturias: el castro de Pendia, *Arqueología de la Arquitectura* 9, 85-103.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F., 2013, Cambios y readaptaciones en la estructura urbana de un poblado fortificado: el caso del castro de Pendia (Boal, Asturias), *Munibe Arqueología-Antropología* 64, 129-143.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F., 2015, *Arquitectura, urbanismo y espacios domésticos: su evolución en el castro de Pendia, un recinto fortificado del occidente de Asturias (s. IV a.C.- s. II d.C.)*, Universidad de Oviedo, tesis doctoral inédita.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F. y VILLA VALDÉS, Á., 2009, Excavaciones arqueológicas en el castro de Pendia (Boal), *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 6 (2003-2006), 159-170.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F. y VILLA VALDÉS, Á., 2013, Apuntes sobre el registro arqueológico en el castro de Pendia: contextos y artefactos, *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 7 (2007-2010), 207-220.
- VIDAL LOJO, M. A., 2008, Excavación arqueológica en O Fuxiño, Piñor (Ourense), *Actuacions arqueológicas en Galicia* 2006, 167-168.
- VILLA VALDÉS, A., 2003, Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión, *Boletín Auriense* XXXIII, 115-146.
- VILLA VALDÉS, A., 2007, Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.), en J. TRESGUERRES (coord.), *Astures y romanos: nuevas perspectivas*. Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 27-60.
- VILLA VALDÉS, A., 2008, Los castros en la geografía sagrada de Asturias: la pervivencia del mito, *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*, Prensa Asturiana, Oviedo, 826-832.
- VILLA VALDÉS, A., 2011, Santuarios «urbanos» en la protohistoria cantábrica: algunas consideraciones sobre el significado y función de las saunas castreñas, *RIDEA* 177, año LXV, 9-46.
- VILLA VALDÉS, A., 2013, El castro de Coaña un poblado fortificado en los albores de la historia de Asturias, en M.A. de BLAS CORTINA (coord.), *De Neandertales a Albiones: cuatro lugares esenciales en la Prehistoria de Asturias*, RIDEA, Oviedo, 139-147.
- VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L., 2003, Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación, *Trabajos de Prehistoria* 60 (2), 143-151.